



**PALABRAS DEL CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO, ARZOBISPO DE LA  
HABANA, DURANTE LA INAUGURACION DEL AÑO SACERDOTAL EN LA S.M.I.  
CATEDRAL DE LA HABANA  
(JUEVES 18 DE JUNIO DE 2009)**

Inauguramos hoy el Año Sacerdotal proclamado por el Papa Benedicto XVI para orar especialmente por la santificación de los sacerdotes.

Queridos hermanos sacerdotes: nosotros somos los primeros que debemos orar por nuestra propia santificación. Todos los cristianos, hombres y mujeres, estamos llamados a la santidad, pero el sacerdote, por su condición de pastor del rebaño de Cristo, además de saberse llamado, tiene una misión de convocar a todos a la santidad.

El es quien guía las ovejas, las apacienta, las lleva a verdes pastos. El sacerdote es quien, en nombre de Jesús, prepara la mesa de la Eucaristía, alimenta a la Iglesia y le da fortaleza ante quienes se le oponen.

Dios le ha confiado al sacerdote el servicio santificador. Aunque su vida no fuera digna en varios aspectos, el Señor no le retira el don que ha recibido para santificar por medio de la predicación de la palabra, de la administración de los sacramentos, especialmente el sacramento del perdón y de la celebración de la Eucaristía; pero, ¡cuánto conviene que el santificador sea santo, cómo resplandece la luz de Cristo si el corazón del sacerdote está apegado al Corazón de Jesús con amistad de discípulo y de apóstol y amor sin límites a El!

Del amor exclusivo del sacerdote a Cristo depende su santificación personal y la resonancia que pueda tener en los otros su acción santificadora.

Siguiendo la descripción que hace Pablo del amor cristiano podemos decir que las dimensiones del amor del sacerdote a Jesús se miden en ancho, largo, alto y profundidad teniendo como modelo la Cruz en la cual Cristo nos mostró su amor hasta el extremo. Debe ser, pues, nuestro amor a Jesús ancho como el mundo, largo como el camino de nuestra vida, alto como el cielo y hondo para que nada ni nadie pueda desarraigarlo de nuestros corazones; Amor y Cruz se superponen y se unifican en la vida sacerdotal, pero este amor se mide por la ofrenda sacrificial de su vida que hace el sacerdote. Así se configura a Cristo en su entrega de amor por su Iglesia y por todo el mundo.

Será entonces la presencia continua de Cristo en su estado sacrificial de ofrenda al Padre por nosotros la que anime la vida del sacerdote en su oración y en la acción pastoral.

No sólo la actualización sacramental del sacrificio único de la Cruz en la celebración cotidiana de la Eucaristía, sino también la contemplación callada y serena del Señor presente en el Sacramento Eucarístico, prolongando sin tiempo ese don sacrificial son las que marcan los pasos de una vida sacerdotal fructífera y feliz.

Por esto las acciones celebrativas de este año sacerdotal se centran en la Eucaristía, porque la Eucaristía vivida con fervor, celebrada con asiduidad y gusto, centra la vida del sacerdote.

La Eucaristía, adorada en silencio y expuesta a los fieles nos hace conscientes de la presencia ininterrumpida de Dios en nuestras vidas, es la llama ardiente que no se consume jamás y nos asegura que en el desierto de nuestra

existencia Dios está con nosotros siempre, en los momentos de gozo o en las horas de tedio, en nuestros esfuerzos agotadores y poco fructíferos y en las horas de consuelo y de dicha.

Queridos fieles todos: la invitación a la oración está hecha en primer término a nosotros sacerdotes en este año de gracia en que conmemoramos los 150 años de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney y se dirige además a todos los hijos de la Iglesia que deben ver al sacerdote como un don de Dios a su pueblo y orar por ellos y con ellos para que sean fieles a su misión y crezcan siempre en su entrega a Cristo y a los hermanos.

También a ustedes se les propone la Eucaristía como oración preferencial, por los ministros del altar, sea uniéndose al Santo sacrificio de la Misa ofrecido por los sacerdotes, sea participando en las jornadas de adoración eucarística que habrá en cada parroquia o iglesia de nuestra Arquidiócesis durante todo el año, pues siempre habrá una comunidad eclesial en la que, cada día de este Año Sacerdotal, se estará adorando la Eucaristía con la especial intención de pedir a Jesús Sacramentado por la santificación de los sacerdotes, teniendo muy presente a los sacerdotes jóvenes, a los sacerdotes enfermos o en dificultad y a los sacerdotes ancianos.

Nuestra oración se hará también constante por el aumento de las vocaciones sacerdotales; o más bien, porque muchos de los que se sienten llamados al sacerdocio respondan afirmativamente al Señor.

En la lectura evangélica San Juan nos presenta el momento cumbre de la vida de Jesús, su entrega en la Cruz por nosotros. La escena describe el instante en que el soldado romano, para comprobar la muerte de Jesús, le atravesó el costado con la lanza. Para el evangelista el hecho de que brotara agua y sangre del costado de Jesús no es sólo un dato biológico, es el signo del nacimiento de la Iglesia: es el agua del Bautismo que nos hace cristianos, es la sangre de la Eucaristía, que nos hace Iglesia. De las aguas bautismales nacemos a la fe, por ellas somos hijos de Dios.

Por la Eucaristía se edifica la Iglesia; la Iglesia nace continuamente de la Eucaristía. La Iglesia no es una asociación de dos mil años de existencia, heredada por nosotros y en la cual entramos al inscribirnos en ella y cumplir ciertos requisitos.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, comunidad de salvación, pueblo adquirido por Dios, realidad espiritual que está formándose siempre, en cada generación, en cada siglo, cada día. Es una realidad espiritual que surge cada vez que alguien se incorpora al Sacramento de la Eucaristía, que participa de él y lo recibe. Una comunidad de bautizados, sin Eucaristía no es Iglesia.

Ahora bien, bautizar puede cualquiera, incluso un no cristiano, pero celebrar la Eucaristía sólo puede hacerlo el sacerdote. Esto significa que sin sacerdote no hay Eucaristía y por tanto no hay Iglesia.

¡Qué desafío y qué compromiso para todos nosotros, hermanos sacerdotes! Ya sabemos que Dios puede pasar por encima de nuestras mismas imperfecciones y lograr que a pesar de nosotros mismos su gracia llegue a los hombres. Pero, ¿cómo estar inmersos en las cosas santas, dedicados al amor y al servicio, sin parecernos a lo que tratamos, sin hacer de nosotros instrumentos capaces no sólo de hacer lo que Dios quiere, sino de ser lo que Dios quiere?

Y todos ustedes, queridos fieles, ¿cómo no orar insistentemente por los sacerdotes, sabiendo que son un don de Dios a su pueblo que todos deben acoger, acompañar, cuidar, porque de ellos depende la Iglesia en su quehacer y en su ser?

Que el Año Sacerdotal nos acerque a todos, sacerdotes y fieles, a Cristo Eucaristía y deje una huella de santificación en nuestra Iglesia y en la Iglesia universal.